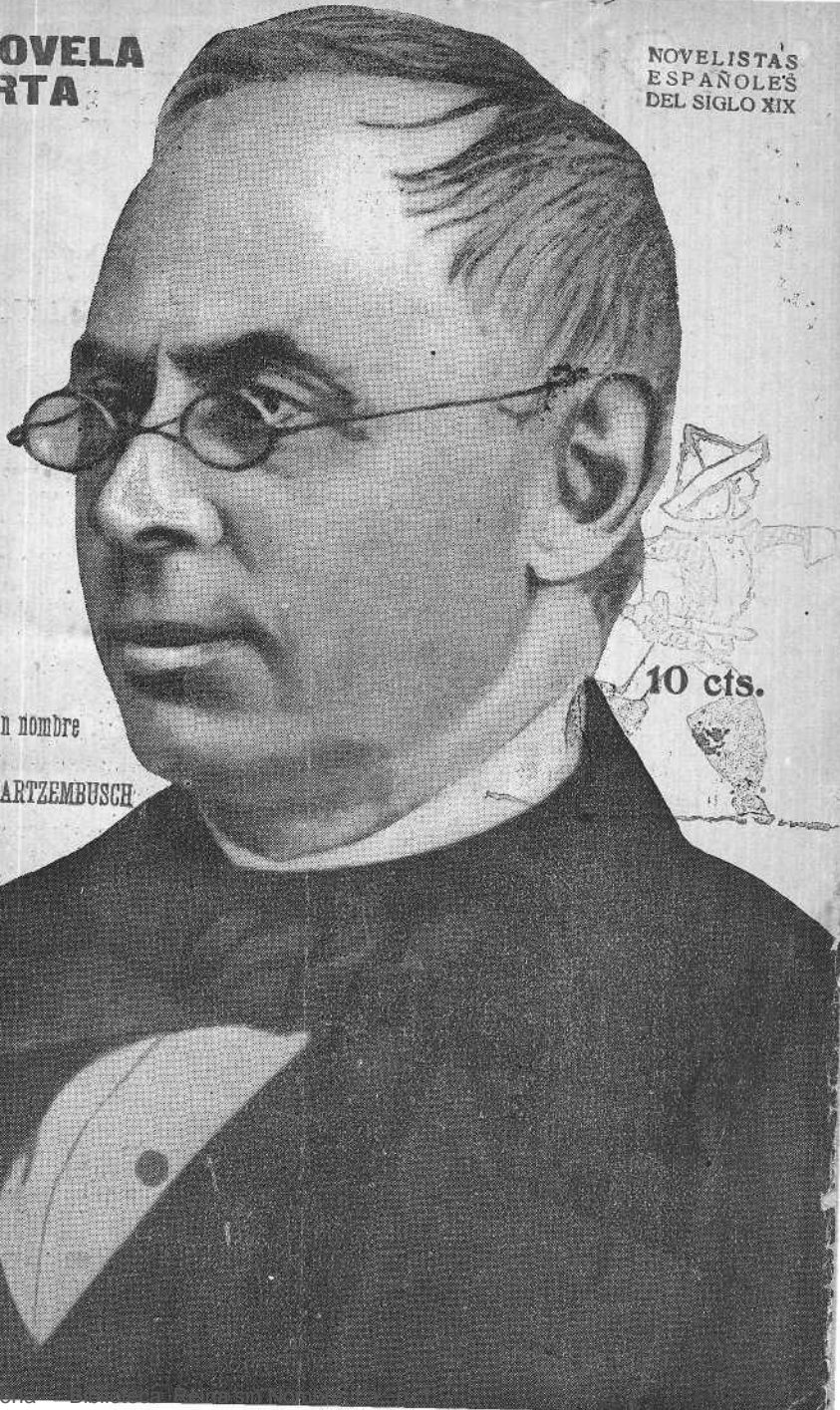


**LA NOVELA
CORTA**

**NOVELISTAS
ESPAÑOLES
DEL SIGLO XIX**



10 cts.

La Reina sin nombre

por

J. EUGENIO DE HARTZEMBUSCH

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

Semblanza literaria

DE

D. Juan Eugenio de Hartzembusch

POR

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

Una de las figuras más interesantes del siglo XIX es la de Hartzembusch. Nadie había oído hablar de él, nadie sabía quién era, nadie lo conocía; cuando de la noche a la mañana, con el estreno de *Los amantes de Teruel* se encontró en plena gloria, admirado y aplaudido.

Hartzembusch nació de padres pobres. Dos años tenía en 1808 cuando su madre, en cinta de otro hijo, oyó en la calle un gran tropel, se asomó a la reja y vio a Viguri, arrastrado por el populacho, terriblemente mutilado, con una soga al cuello, ya muerto y no pudo menos de exclamar: «Jesús, que lástima.» Uno de los odiosos criminales la oyó y le dijo brutalmente: «Con el que tenga lástima haremos otro tanto.» El susto y la impresión de la infeliz mujer fueron tales que se volvió loca y murió a las pocas semanas.

Esto influyó sobre Hartzembusch. Su hogar se quedó triste, sin calor. El niño se hizo grave, reflexivo, concentrado. Asistía a la escuela de D. Sebastián Vela, en la calle del Turco, envuelto en una capita corta; se sentaba en el último banco, estudiaba con avidez y no hablaba con nadie. Al salir doblaba rápidamente la esquina de la calle de Alcalá y desaparecía.

De este modo al mismo tiempo que aprendía su carrera de artesano, aprendía humanidades, filosofía e idiomas, leyendo todo lo que le era posible, y con una gran afición al teatro, que no conocía más que de oídas, hasta que entró en el teatro del Príncipe, por vez primera, cuando tenía quince años.

Ganó Hartzembusch, como premio a su aplicación, una plaza de taquígrafo en el *Estamento de Procuradores*, donde a decir de un biógrafo, «no ponía ningún disparate en boca de los oradores, pero suprimía grandes párrafos».

Como si trabajase en un subterráneo trabajaba Hartzembusch sin que nadie se enterase y dió algunas traducciones, arreglos y obras al teatro, que se estrenaron con más o menos fortuna, excepto *La Restauración de Madrid*, que fué horrorosamente silbada, y que nadie supo de quién era.

La primera vez que se oyó su nombre fué en vísperas del estreno de *Los Amantes de Teruel*. Como nadie lo conocía Figaro preguntó quién era el autor. «Dicen que es un sillero» le contestaron. «Entonces el drama tendrá mucha paja», repuso el admirable satírico. Era él, Figaro, el que había influido a Hartzembusch, al que no conocía, y que había hecho su drama inspirado en el *Macías*, el precursor del teatro de su época, al que no se ha dado toda su importancia. Figaro ha escrito la crítica, modelo de críticas teatrales, con motivo del drama *Los Amantes de Teruel*.

Variable fué después la fortuna de Hartzembusch en lo mucho que escribió: comedias de costumbres, de magia, dramas, traducciones y refundiciones. Hizo numerosos trabajos sobre el teatro clásico, y luminosos estudios de Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina y Ruiz de Alarcón.

DIPUTACIÓN

LA REINA SIN NOMBRE

NOVELA

POR

Juan Eugenio de Hartzembusch

R. 9497 A

CAPITULO PRIMERO

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo, y el séptimo desde que, por abdicación del malogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados a Toledo, ya con una ya con otra razón plausible; casi todos los duques y condes gobernadores de las provincias. Uno fué el duque Froya, varón de excelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la provincia tarraconense.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces a varios en su pretorio, y avistándose otras veces sólo con uno; el último de todos fué el duque Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio, con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente la sala, como quien se disponía para discutir sobre un importante negocio; el Gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey, sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabía de qué iba a tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conopió que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele a Froya, diciéndole sencillamente: «Lee esa carta y dime tu voto.»

Desarrollóla el duque y leyó: «Al gloriosísimo señor nuestro, el Rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo: el Obispo de Zaragoza Braulio, juntamente con los presbiteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente.

Atendiendo al porvenir de la patria hemos respetado pediros lo que consideramos como lo más hacedero y conveniente hoy a vuestra quietud y a nuestras circunstancias: a saber, que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y a nosotros por Rey y señor, a Recesvinto, hijo y súbdito vuestro, y que se halla en la edad más propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar a los vasallos leales una existencia libre de inquietudes.»

Más contenía la carta (1); pero el Soberano interrumpió aquí la lectura diciendo a Froya: «Eso me propone el prelado más ilustre del reino por su santidad y su ciencia, los demás obispos seguirán su dictamen; a él se inclina también gran parte de los gobernadores y próceres: dime tú qué te parece el proyecto.

—Mal, respondió secamente Froya.

—Creo que no gobernará bien Recesvinto.

—¿Por qué?

—Ya no acuso a nadie sino cara a cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

—Al momento.»

Llegóse el Rey a una puerta con más prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz, que retumbó por las altas bóvedas, llamó a los escrivanos para que avisaran al Príncipe. Un instante después se presentó en la sala el regio candidato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba aún la lozanía de la juventud más floreciente: su rostro, menos regular y majestuoso que el de su pa-

(1) Puede verse íntegra en el tomo xxx de la «España sagrada».

dre, tenía cierta expresión de noble dulzura que cautivaba; su estatura era alta, sus ademanes naturalmente medidos, la robustez del cuerpo mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucía poco; y a pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno a él: inspiraba el Gobernador repugnancia, el Monarca susto, el Príncipe amor.

«Froya va a acusarte (prorrumpió el anciano, clavando su mirada de lince en su hijo y sentándose briosamente en una silla): oye y responde.

—Diga, Froya, pues, respondió pacíficamente Recesvinto, colocándose en frente del acusador.

—Dime primero tú, replicó el duque, poniéndose a la derecha del Rey, lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

—En el momento que yo reine; los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos, nuestros antecesores, conquistaron a España, se apropiaron dos terceras partes del territorio y dejaron una sola para los naturales; apartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta a los honores, prohibiendo con rigurosas penas que pudieran casarse goda con español ni española con godo. La primera ley que dictaré si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

—¿Cómo? exclamó el Rey, acaso con más admiración que disgusto.

—Ya lo oyes, repuso Froya: tu hijo no quiere que haya distinción de clases en España; no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores, y el nuestro nos ha conservado; quiere que nuestra sangre se contamine con la sangre de los españoles, mezcla de la ibérica, cáltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; tú, que pretendes confundir lo que por el común provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

—Doscientos años, contestó pausadamente el Príncipe, necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece a Froya cobarde una nación capaz de tan porfiada resistencia? ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado, como yo, en el hogar doméstico de los españoles; si hubieras visto, como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias!...

—Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana...»

Violenta impresión produjo aquel nombre en el semblante del Soberano y del pretendiente a la soberanía.

«¿Quién es esa mujer?», preguntó el Rey balbuciente de ira, y con los ojos hechos centellas. «¿Quién es esa mujer?» repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso, no acertaba a contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademán de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto a descubrir del todo el misterio que habían dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo, por fin, después de unos momentos de agitación y de duda:

«Floriana es una huérfana de linaje español... que será mi esposa.

—¡El hijo del Monarca dando el ejemplo de desobediencia a las leyes!

—Cuando Recesvinto conoció a esa joven española, repuso Froya, todavía no eras tú nuestro Rey...

—De todas maneras, el amor de Recesvinto a la que, según dice, será su esposa es la causa única, es el sólo móvil que le induce a desear una revolución que trastorne el Estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degenera en hereditaria, me opongo a la elección de tu hijo. No cuentas con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.»

El altanero duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El Príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

CAPITULO II

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelión contra Tulga, los capitanes fieles al joven monarca persiguieron

tan hábil y constantemente a los amotinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar a la empresa, mientras no se presentara mejor coyuntura. Halábase a la sazón Recesvinto, de orden de su padre, en los confines de la Celtiberia; y habiendo desde allí pasado a vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la población, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hacia unos valles, situados como a dos leguas de la ciudad, y al oriente de ella, donde creyó que podría permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvisto encargo para moverse: la espesura y soledad de aquellos valles, y lo que se contaba en particular de uno, le hacían creer que no podría ofrecerse más acomodado asilo para un reo de Estado. Subiendo, pues, y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin a uno poblado de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino; desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodos a cada lado, continuaba luego, ya con más ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas, cortadas a cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal.

Delante de uno de los portillos o gargantas del valle se encontró Recesvinto; y acosado por un irresistible deseo, resolvió penetrar dentro a toda costa. Apeose del caballo, que estaba enseñado a seguirle, rodeóle las riendas al cuello, y sirviéndose de la lanza, comenzó a sondear el terreno por todos lados, para descubrir por dónde podría caminar sin peligro. Por uno de aquellos caprichos que no tienen más fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto, y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco; antes aquella inconsiderada resolución le puso en el más grave peligro: la columna cargada con el peso de un hombre, comenzó a bajar, hundiéndose lentamente en el cieno. Quiso Recesvinto volver a saltar a la orilla apoyado en la lanza; pero la lanza se le hundió también, y húbola de saltar para no caerse tras ella. Imposible parecía salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñón inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas, sin que se viese de qué mano venía echada. Asíó del torcido cáñamo el apurado joven, alegre y atónito; subió ligero por las firmes traviesas, y al llegar a la cima de la enorme peña, su pasmo rayó en lo inexplicable. Detrás del lomo del peñasco, labrado a pico por la parte de adentro, a semejanza de un pretil o parapeto, de donde pendía la escala enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa, y apareció enseguida una niña hermosísima, o más bien un ángel tutelar, encarnado en la cándida figura de una muchacha de once a doce años, la cual, echada de pechos sobre el pretil, tendía cariñosamente sus tiernos brazos a Recesvinto. Maquinalmente el joven prófugo tomó la mano de la niña para trasponer el borde de la peña; la agitación producida por el riesgo pasado y la aparición presente le tuvieron mudo un momento, mientras la prodigiosa desconocida le decía: «Bien pensaba yo que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

—Dime quién eres, celestial criatura, prorrumpió enajenado Recesvinto.

—Soy Floriana, respondió la niña: vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

—Tú estabas destinada por Dios para salvarme la vida, repuso Recesvinto, estrechándola en sus brazos, como se abraza a un niño.

—Van que te vea mi padre, ven pronto.

Salsa de la casa el anciano Fulgencio, cuando su hija y el huésped llegaron a ella. Vió con sorpresa a un forastero en el valle; pero oyó con benignidad la relación de su entrada. Al repetir Floriana aquella expresión «este es el compañero que Dios me envía», sonrióse apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al joven godo, y le abrió enseguida los brazos, llamándole hijo.

En aquel valle, mansión de felicidad, pasó Recesvinto dos meses, los más apacibles de su vida: paz había encontrado allí, consejos prudentes, adorable inocencia, y aun libros de grato y provechoso entretenimiento. Floriana, enseñada por su padre, traía de continuo en la mano las *Geórgicas* de Virgilio.

Fulgencio, español de origen, ocultando su nacimiento, había militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. En una riña con un capitán godo, le birló de muerte: supose entonces el linaje del homicida, y condenado a servidumbre, fué ignominiosamente vendido por esclavo. Fugitivo de su señor, hábiase refugiado en aquel intrincado valle, donde un lejano pariente suyo tenía una pobre y segura vivienda, poco antes labrada. Largos años la cultivó Fulgencio con solo un sirviente; una excursión que hizo fuera del valle, le facilitó ver y conocer a la bella y virtuosa Pompina, con quien se unió al pie de las aras, y vivió feliz algún tiempo: fruto fué de su casto seno Floriana. Al cumplir el primer lustro la hija falleció la madre.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo; que había sido recogido por un esclavo; o mejor dicho, por un liberto de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano español no había esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo, lloraron el godo y la española. Tú eres sin duda, repésta Floriana, tú eres el compañero que me está destinado.

—Sí, ángel mío, exclamó Recesvinto, cediendo a un impulso desconocido; invencible; yo lo soy; yo he de serlo: no sé cuándo volveré a verte; pero yo volveré. Esperame, y no desconfíes aunque tarde.

Quindavinto fué elevado al trono de España; las grandezas y los cuidados rodearon a su hijo.

Pero los cuidados de su jerarquía le abrumaban, y las grandezas dejaban en su alma un vacío.—Volvió.

Floriana crecía en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repitió con frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la corte, ya con uno, ya con otro pretexto.

Comprendió que poco a poco había ido brotando en su corazón un afecto, que ya era una pasión vehemente; recordó la ley que le impedía recibir en su palacio a una romana; recordó sus obligaciones de príncipe, y quiso cumplirlas. El Rey su padre le había instado de continuo a que aceptase una esposa: Recesvinto, resuelto a vencer su flaqueza, cedió a los deseos del Rey, y entregó el anillo de los esposales a la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo cual quedaba obligado, según la ley, a casarse con ella dentro de dos años a más tardar; bien que todavía era posible excusar el matrimonio, si convenían en ello ambos contrayentes. La comparación entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa a la hija del valle, que ella sola condujo al príncipe a pensar en lo que si no, jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó, pues, transcurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó al Valle del Paraíso. No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esposales; pero el desvío que ambas familias se manifestaban desde que se empezó a notar frialdad en el príncipe, le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad; el Rey parecía haber renunciado al proyecto, y Froya, por altanería o por prudencia, no había querido pedir cuentas al Rey. El príncipe acudió al valle, como ya dije, y trató de casar con Floriana secretamente, sin revelarle su jerarquía. Para ella, Recesvinto sólo era un romano, natural de Toledo: esto es lo que había dicho él: a Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su pobre cabaña; el nombre con que se había disfrazado era Heliódofo. Larga enfermedad, que terminó en la muerte del padre, detuvo el convelido enlace de la hija y el príncipe:

Muchas de estas cosas hubo de referir o explicar Recesvinto a su padre; después de la entrevista con Froya, que tan pernicioso fué para el príncipe. Flavio oyó a su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico.

«Tú me encareces, le dijo al fin, las prendas de esa romana, y aún las de todas; yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aún ser la concubina de un godo.

—¡Qué blasfemia, padre! Si conocieras a Floriana... si tuvieras ocasión de conocer sus virtudes...

—Insensato, repuso el padre, en el tono del que teme que le adviñen el pensamiento, retírate a tu cuarto, y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.»

CAPITULO III

Veinte días después todo era confusión en el valle: sus desembocaderos habían sido franqueados con el azadón y el hacha; huéspedes turbulentos, soldados destructores habían desterrado de aquel recinto la antigua paz; las reses espantadas se habían refugiado entre los matorrales; las palomas torcaces, que venían a recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana, habían huido para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y a los criados de Floriana se les había prohibido salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba una noche recatadamente en una humilde casa del arrabal de Toledo. Los soldados habían sido enviados al valle por el rey; Floriana había salido de él por disposición del príncipe.

Cuando ponía el pie en el umbral de la estancia que iba a ocupar, penetraba Recesvinto en ella por la puerta de enfrente. Arrojárse los tiernos amantes uno en brazos del otro, y lágrimas de casto júbilo expresaron mudamente lo que sentían en aquel primer momento. «¡Mi Heliodoro! ¡Floriana mía!» fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

«Ya ves que me rindo a tu gusto; me enviaste una carta pidiéndome que viniese a Toledo y aquí me tienes; me ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolución, y ya los espero.

—Floriana, ármate de valor. Mi padre vive, es muy poderoso, y yo pretendía casarme sin su noticia. ¿Por qué le irrita tanto nuestro matrimonio?

—Perdóname, bien info; perdona un engaño hijo del amor. Cuando te ví la primera vez, fué una precaución necesaria encubrirme con un nombre supuesto; cuando te ofrecí la mano, temí que, si te revelaba quien era, me rehusases la tuya.

—¿Por qué? Pues ¿quién eres? ¿Quién eres tú? ¿Quién es tu padre?

Abrióse la puerta por donde había entrado el príncipe y apareció Flavio con manto de púrpura y báculo de marfil, y séquito de guardias.

«El padre de tu engañoso amante, dijo Flavio, adelantándose, soy yo, y prosiguió dirigiéndose a Recesvinto: Vete de aquí.

—Señor, replicó el príncipe con arrogancia.

Era irresistible la fuerza de una orden en boca de Flavio; su hijo tuvo que salir de la estancia.

Solos en ella el rey y la solitaria del valle, Floriana, con la sencillez noble de la inocencia, se llegó a Quindasvinto, le cogió blandamente una mano, y mirándole como a Fulgencio cuando se le mostraba disgustado y estaba ella segura de que iba a desvanecer su disgusto, le dijo entre acentos dulcísimos:

»¿Por qué no me queréis para hija, venerable señor?

Quindasvinto, afable, contestó a Floriana echándole la mano al hombro.

«Doncella hermosísima, porque tú eres española, tu Heliodoro el príncipe Recesvinto, y yo soy el rey.

—¡El rey! exclamó aterrada la joven, y cayó de rodillas al suelo.

—El Rey, sí, prosiguió Quindasvinto sentándose, ese rey de España, del cual, allá en tu soledad, quizá te habrá dado tu padre perversas noticias. Te habrá dicho que es muy viejo y muy malo; que ha dado muerte a muchos. ¿Sabes que nuestras leyes vedan el casamiento entre un godo y una romana?

—Sí. Ataulfo, el primer soberano de vuestra stirpe en este país, pereció asesinado porque se casó con una romana, que era hija de un emperador y hermana de otro.

—Tú eres hija de un hombre que, en virtud de judicial sentencia, fué vendido por siervo; tú, infeliz criatura, has nacido en la servidumbre.

—¡Yo esclava, señor! ¿Y quién es mi dueño?

—Teodosinda, rica y hermosa dama, hermana del paderoso Duque Froya, ha estado tratada de casar con mi hijo, y no se ha celebrado todavía el contrato.

—¡Poderoso Dios! prorrumpió aquí la hija del valle. Amante yo de un godo, no sólo soy española, sino que soy esclava, amante de un príncipe, no sólo soy esclava, sino que lo soy de la desposada con el Príncipe. ¿Me matará Teodosinda, señor?

—Más querrá servirse que privarse de tí. Pero esfuérzate, virtuosa doncella, a tener valor. Mucho me engañará mi experiencia de mundo, si en casa de Teodosinda, a la cual me será forzoso entregarte, no hallas quien te saque de tu estado.

—Señor, yo prometí a vuestro hijo y a Dios, yo me he prometido a mí misma no amar a otro que al que vos nombráis por Recesvinto, y yo llamo Heliodoro. Heliodoro, pues, o Recesvinto, será mi único amor. Ya no puede ser mío, quizá no querrá y serio, quizás ame a otra, quizá sea esposo de Teodosinda, quizá tenga yo que lavar los pies a su esposa: Recesvinto será mi primero y postrer amor.

El rey, observando primero si le veían los guardias que estaban en la pieza anterior, tendió a Floriana los brazos, penetrado de ternura insólita y le dijo: «Ven, valerosa niña; ven, y antes que llegue por tí tu ama, recibe este beso que Flavio Quindasvinto (el Cruel, según le apellidan) estampa llorando en tu frente.

Momentos después, erguida y grave y con paso lento, llegó Teodosinda, acompañándola Froya y parte de su femenil servidumbre. Flavio Quindasvinto, ocultando su conmoción profunda, asió de la ropa a Floriana, y obligándola a dar un paso hacia Teodosinda, dijo con voz solemne: «Esclava, he ahí tu señora.»

Teodosinda hizo una seña a las esclavas de su séquito para que rodeasen a Floriana y les dijo: «Llevad a mi palacio a vuestra nueva compañera. Mañana se os prevendrá lo que habéis de hacer.»

CAPITULO IV

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre había pasado en pocas horas a la condición de sierva; rápida como un relámpago había pasado por su mente la idea de casar con un príncipe, y en el mismo momento se había visto privada de amante, libertad y esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿Qué sería de ella, entregada a los caprichos de una rival?

A la mañana siguiente, las esclavas hicieron tomar un baño tibio a la nueva compañera, le vistieron el hábito de su clase, corto de falda y mangas, pero rico, según convenía a la opulencia de la casa; y con el cabello tendido, la llevaron a presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, o como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardía y buen gusto a los ojos de la mujer que había reinado en el corazón de Recesvinto. Con tímidos pasos, como víctima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante, y habiendo tenido resolución suficiente para aventurar una mirada furtiva hacia su señora; húbole de hacer tan terrible impresión el júbilo derramado por aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos: había comprendido el secreto de aquella sonrisa, y había visto también en una mesa trípode, a la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras:

«Ven, mujer, ven, dijo Teodosinda a Floriana con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente a su disposición a un contrario; yo he querido honrar a la hermosura que ha sido capaz de avasallar a un príncipe; y así la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de servidumbre, será la que te descargue la cabellera y cerque tu garganta con el collar que te declare por mía. Lástima es, a fe, que esa crecida mata se haya de sujetar al hierro; lástima es que ese cuello de cisne se haya de encerrar en un aro de cobre; pero no tengo yo la culpa de que sea ésta la suerte que te ha cabido: suerte que yo procuraré

hacer tolerable. Tú serás la sierva más inmediata a mi persona; me vestirás, me harás el trenzado, estarás a mi lado siempre y dormirás al pie de mi cama.

—Gracias os doy, señora, respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillase y besara los pies de su ama: toda la sangre se le agolpó a las mejillas a Floriana en aquel terrible momento de prueba; vencióse, empero, se hincó de rodillas, sus largos cabellos hermosísimos ondearon por el suelo cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pie de Teodosinda, quien, desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó compasivamente la mano: un ardiente beso y una lágrima, aún más ardiente, comunicaron a aquella mano un temblor cobarde. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender a Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella mujer, que aún sabía enternecer a una rival ofendida: irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura; y sus facciones, que, por primera vez acaso, habían brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Asíó, pues, el látigo, y tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel: «Derecho tengo sobre ti casi de vida y muerte: mira cómo me sirves.»

CAPITULO V

Jamás había mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa como desde que tenía en su poder a Floriana: la señora competía con la sierva, y se valía del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

«Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana, le dijo un día su hermano.

—Verdad es, le respondió Teodosinda. Yo creí que me serviría de mala gana; pero he visto que no. Nacida para la esclavitud, se ha conformado con su suerte.

—Quizá es que tiene espíritu muy elevado para hacer caso de pequeseces. Cuando tú gozas obligándola a esmerarse en tu tocado, quizá ella te compecece en sus adentros, y se dice a sí misma: satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa, para hacerla ver que valgo más que ella.

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba granjeando.

Mientras tanto pasaban días y días, y el Rey guardaba un absoluto silencio respecto del príncipe. Teodosinda había promovido la reconciliación de su hermano y el Rey, con la esperanza de que se verificase el matrimonio.

Froya y su hermana comenzaron a dar oídos a ciertos próceres descontentos, que alzaban en secreto la rebellón de los vascones. Decidieron, en fin, a hacer causa común con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligación la noche misma en que fué jurada. Al siguiente día se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que habiendo pasado ya tiempo bastante para que el Príncipe conociera su yerro, le había escrito que se preparase para dar la mano a su antigua desposada, si ésta se dignaba admitirla; a Froya le mandó restituirse a su gobierno: con esto quedó la conciliación deshecha.

Froya pidió a su hermana, llamándola burlescamente su futura Reina, las albricias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el duque una joya de gran valía, la posesión de la hija del valle.

Negóse Teodosinda a desposeerse de la sierva; pero el gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque sólo siendo amo él de Floriana consentía en cesar de oponerse a la exaltación de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda a las de Froya. El último servicio que exigió de ella su ama fué el más cruel y repugnante de cuantos le había prestado: Teodosinda mandó escribir a Floriana una carta para el ausente Recesvinto, en la cual, según las instrucciones del Rey, permitía Teodosinda al Príncipe aspirar de nuevo a su cariño. La turbada amanuense tuvo que trazar, entre otras, estas durísimas expresiones: «Creo habrás olvidado completamente a mi esclava; de ella puedo asegurarle

que se acuerda poco de ti.» La letra de estas líneas estaba desfigurada y temblona; por fortuna la ilustre Teodosinia no podía conocer sino los borrones. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor; pero salió de Toledo con alegría.

Caminaban en dirección a Segóbriga el duque y Floriana, montados ambos en poderosos corceles; venía la noche, y el duque trataba de continuar su camino. El sitio era peligroso y la hora mala; por eso el cauto Froya se previno antes de penetrar en el desfiladero: mandó abrir a sus esclavos un arca, púsose una ligera armadura de aros y un casco a la romana antigua, de finísimo temple. Las precauciones que el duque tomaba hubieron de asustar un poco a Floriana. Froya, mandó a los soldados que siguiesen adelante y se reuniesen con los esclavos: quería coger del brazo a Floriana, y no gustaba de que nadie lo viese.

«Asete aquí, le dijo Froya con cierta aspereza fingida; si no, no saldremos de la Hoz en toda la noche.

—¡Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡Una esclava!

—La esclava cuyos cabellos ornan mi capacete, bien puede rozarse con mi persona.»

Floriana, modesta y confusa, tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de silencio, durante el cual llegaron al paraje más claro del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca, perpendicularmente cortada; en ella, a la altura como de cinco estados, veíase un nicho natural, casi lleno de guijas, tiradas allí por los caminantes; al pie, un montón de cantos que, dirigidos al nicho, no habían entrado en él, o habían rodado cuando entraban otros.

«¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero?» preguntó afablemente Froya a Floriana, señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriana: su viaje a Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria. Parecióle que se hallaba en el Valle del Paraíso, libre y feliz, travesando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brío, y desapareció en el fondo del nicho.

—¡Bien!, dijo entusiasmado Froya: no tienes mala suerte. ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

—Lo ignoro completamente, señor.

—La joven que introduzca allí una piedra, se ha de casar antes de un año.

—No se verificará ese agüero en mí. Porque no me casaré yo.

—¿Aunque te lo mande tu amo?

—Aunque me lo rogara el Rey.

—El Rey nada tiene que entender en negocios del duque Froya. Ni el Rey ni su hijo, que se halla en una provincia inquieta, donde... puede morir.

—¡Oh, no lo permita Dios!

—¿Le amas todavía? Después de su indigno porte.

—Yo no puedo creer que el Príncipe sea inhumano.

—¿Qué motivos tienes para dudar? Quien principió engañándote, ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiese amado, si tuviera corazón de hombre, ¿te hallarías tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? El duque Froya, tu amo, que jamás ha mentido, te declara que te ama y te pide tu amor.

—¡Ah, señor!, ¿qué dices? Yo no puedo amarte. Soy esclava; pero me he criado libre. Pon los ojos en quien preda corresponderte sin crimen.

—Si hay crimen aquí, mío es tan sólo. Floriana, tú has de ser mía.

—Jamás.

—¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? ¡Eh! comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. No hay en España quien conozca lo que tú vales como yo lo conozco; no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo según mereces.

—¡Oh, señor, cuánto te debo! ¡Qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Cuenta desde hoy con una gratitud entrañable; cuenta con el respeto más leal y más puro, con la adhesión más decidida: no puedo concederte más sin que me desprecies tú propio.

—Mira, Floriana; mi carácter es adusto y silvestre; mis gobernados tiemblan delante de mí. Aborrezco a tu pueblo; pero adoro tus gracias: sirve a los tuyos, mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento a *yras* (1), único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

—No.

—Floriana, acabemos. Recesvinto, ¿vale más que yo en prendas del alma?

—Quizá no.

—¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

—Porque, a no ser por tí, hubiera sido yo su mujer.

—¡Floriana! ¡Floriana!, exclamó arrebatado y fuera de sí con el delirio de la pasión el ardiente godo. ¿Quieres ser *solemnemente* mi esposa?

La prueba, la tentación era terrible. El amor embellecía, divinizaba en aquel momento el rostro, la expresión, la voz, el ademán, hasta el aliento de Froya.

Floriana, agitadaísima, recogiendo con fuerza las riendas de su razón, que se extraviaba, dijo con inexplicable durezza al duque, arrasados los ojos de lágrimas:

«Señor, el día en que Recesvinto pidió mi mano, le prometí no ser nunca de otro, y él de sí me dijo lo mismo: yo no quebrantaré mi palabra.

—Tú has querido tu pérdida, gritó entonces el godo, rugiendo como un tigre; así entre sus fornidos brazos Floriana, la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada, que subía serpenteando hasta lo más alto de las rocas.

A los gritos de angustia, sucedió uno de sorpresa, cuya vibración era indefinible; un momento después salió corriendo Floriana de entre los árboles de la subida; entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Una fuerte cuchillada, dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana que Froya llevaba en el casco; allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al duque la vida; pero el violento vaivén producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unían por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo; otro más furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

«¡Piedad!» exclamó Floriana lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atrás y asió de la mano a Floriana.

«Suéltame, quien quiera que fueres», dijo Floriana a su libertador; «yo no puedo separarme de mi amo.»

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche Froya y su esclava que habían caminado en profundo silencio, subían la cuesta de Segóbriga; el yelmo del duque había quedado en el sitio de la refriega.

CAPITULO VI

Nada de particular ofrecieron los quince primeros días que pasó Floriana en Segóbriga. Situado en lo más alto de la ciudad el castillo, residencia del duque, desde sus almenas se descubrían los cerros que cercaban el Valle del Paraíso, donde Floriana había vivido feliz.

Froya parecía haberla olvidado; ni la buscaba ni huía de su vista. La noche que entraron en la ciudad le dijo estas pocas palabras: «He querido hacerte mi

(1) No tengo noticia de que se usara este casamiento entre los godos; pero así dice el manuscrito latino, de que se hablará al fin de la leyenda.—(Nota del Traductor.)

esposa; tú has preferido ser mi esclava; sólo en buen hora.» No le había dicho más, y su porte con ella parecía conforme al dicho; mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubría un volcán.

La ambición y la venganza ocupaban sobrado lugar en el corazón de Froya para que le quedase mucho al amor. En esto llegó inopinadamente a Segóbriga Teodosinda.

«¡Venganzas! fué la primera palabra que dijo a su hermano. «Me han injuriado cruelmente; vengame.

—¿Qué injuria te han hecho?

—Sabes que por consejo, o más bien por orden del rey, escribí una carta a su hijo. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

—Dímela lisa y llanamente y excuso figurarme nada.

—Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desbaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado.

—¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor; es preciso luchar cara a cara. A mí quizá me debe el ceñir corona; a mí me deberá también su caída.

—Sí, sí; tú estás llamado a ser Rey.

—Yo no sé si lo seré, ni me importa; lo que me importa es vengarme.

—Y a mí. A eso vengo a Segóbriga; los medios de llevar a cabo la insurrección quedan a tu cuidado; al mío queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

—¿Para qué?

—¿Puedes dudarle? Para quitarle la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

—Recesvinto es el culpable, él es el que debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado; de ese yo te vengaré.

—Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

—Es que yo no quiero que muera Floriana.

La conversación de los dos hermanos fué interrumpida por un sirviente que avisó a Froya de que tenía que hablar con él el verdugo Sisberto.

«Es mi mejor espía, dijo Froya a su hermana; déjame sólo con el un rato.»

«En efecto, señor, dijo el verdugo a Fraga, tus sospechas eran fundadas; una persona de gran viso anda escondidas en estos alrededores; la he descubierto, la he visto. Quizá no podrás imaginarte quién es.

—Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

—El Príncipe es.

—¿Conseguiste penetrar en su habitación?

—Entré.

—¿Qué notaste en la habitación de Recesvinto? Te mandé abrir todas las puertas, registrar armarios y cofres.

—Sobre una mesa tenía muchas cartas en cifra.

—¿En cifra? ¿Qué armas le hallaste? Hasta de sus vestiduras quiero que me des cuenta.

—En cuanto a vestiduras no dejó de sorprenderme el hallar en aquella habitación, uno, como de mercader africano o sirio.

—Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco.

—Precisamente, ¡Ah! y en una arquita, envuelto con mucho cuidado, un yelmo a la romana antigua, adornado con una cabellera magnífica de mujer.

—El es sin duda; él era. No estaba entre los vascos, me estaba siguiendo los pasos; quiere aún a Floriana. ¡Oh! esta vez perderá la esclava y la vida.

(Estas expresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que el verdugo no pudo entenderlas o se hizo el sordo.)

—Y ¿dices, prosiguió el duque, que sólo le acompañan dos o tres esclavos?

—Y tan ocupados los trae, que por lo común sólo uno se halla a su lado.

—Esta noche, ¿a qué hora le esperan?

—A media noche, y vendrá solo.

—Perfectamente, dijo para sí el duque, apartándose de Sisberto; poniéndome en emboscada con media docena de hombres determinados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder y me lo traigo a los calabozos del castillo. Tú, prorrumpió, dirigiendo la palabra al verdugo, vas ahora a permanecer en tu habitación, sin salir de ella ni hablar con nadie.

—¡A buen tiempo tomas precauciones!, pensó el disimulado Sisberto; antes de venir aquí ya he dado cuenta de todo al confidente del Príncipe.»

Separáronse con esto: el duque a buscar a sus cómplices, y el verdugo a Centola.

CAPITULO VII

El alcázar destinado a los gobernadores de Segóbriga, situado, como ya hemos dicho, en lo más alto del cerro donde tiene apoyo esta ciudad, menos grande que fuerte, contenía unos calabozos casi subterráneos, contigua a los cuales se hallaba la habitación del verdugo Sisberto: un estrecho y largo chiribitil le servía de almacén para los trastos de su oficio. En un rincón se veía una cuchilla mohosa y un tajo cubierto de polvo; más a la mano varios instrumentos de tortura; y colgadas de las paredes, cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de yerbas y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado; cuando, anheloso de hacer algún bien, tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacía recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creía dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche; daba luz al cuarto una lámpara, que cuanto más visible hacía el mensaje de aquella mansión, tanto más horrible la presentaba. Sisberto, silencioso y mustio, se paseaba de un extremo a otro; la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista a ella dos o tres veces, creyó haber visto a su mujer asomada observándole. Sorprendióle la novedad, porque no suponía él a Centola, desde que vino a sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóle con desagrado que entrase, y le preguntó por qué le acechaba.

Obedecióle Centola tímida y trémula. Desde su aciaga boda, no cabía en ella más pasión que la del miedo. Sus mejillas habían perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo; sus ojos habían cobrado una expresión espantadiza; una palabra fuerte de su marido bastaba para que se le espeluznara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza, abatida siempre, como en señal de servidumbre hartó bien merecida.

Balbuendo, interrumpiéndose y granéandosele el cutis de todo el cuerpo cada vez que veía a su tremebundo marido arquear las cejas, refirió Centola que la había llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora había principiado por encargarle que dijese verdad y guardase secreto, porque si no le mandaría echar un lazo a la garganta. Centola, con tan benigna advertencia, había prometido todo lo que se exigía de ella. Teodosinda le había preguntado si la había enseñado Sisberto a preparar algún veneno fuerte, cuya acción fuera tan rápida que no diese lugar a ningún remedio. Contestó Centola que sí; le encargó Teodosinda que aderezase uno aquella noche misma y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendría necesidad de dar cuenta a Sisberto y éste al duque, la señora le había dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba a saberlo, contase con que ella y el verdugo morirían a la primera ocasión sin remedio. He aquí por qué temblaba Centola de anunciar a su marido el compromiso fiero en que la hermana del gobernador los ponía. Por fortuna Sisberto escuchó la noticia con, más extrañeza al pronto que desagrado; echóse a discurrir para qué persona quería Teodosinda el veneno, y no pudo menos de ocurrírsele al instante que debía estar destinado a Flo-

riana, como era en efecto: al día siguiente había de salir de Segóbriga el duque, y durante su ausencia quería envenenar Teodosinda a su detestada competidora. Hubiera Sisberto avisado al duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo, por donde se salía de su habitación a un patio, halló que por la parte de afuera habían puesto a la puerta un recio candado, a fin de tener incomunicado a Sisberto mientras la suerte del Príncipe se decidía. El verdugo con esto, después de un rato de profunda y silenciosa meditación, llamó a su mujer, y afectando serenidad, se puso a preparar el tósigo, ayudado de Centoia. La operación fué larga y los entretuvo por mucho tiempo; Sisberto se enojó veinte veces con su mujer, diciendo que lo equivocaba todo; echóla por fin del laboratorio, y concluyó él la confección de la funesta bebida. Más de media noche era cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba a ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujió de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que traían algún preso al castillo. Era, en efecto, el Príncipe, que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse a la casa donde se escondía, había sido preso sin poder defenderse: un esclavo, a quien Sisberto había encargado que dijera a su amo que se guardara, no había podido encontrarle. Abrieron un calabozo y encerráronle en él, amarrándole a una fuerte cadena.

Muerte próxima amenazaba a los dos amantes. Froya, a escondidas de su hermana, quería acabar en aquel mismo día con Recesvinto: Teodosinda se propo- nía envenenar a Floriana así que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar el candado que Froya mandara poner a la habitación del verdugo, a quien iba por primera vez a ordenar que preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó a suspender la orden y quedarse en el tránsito. Encargó a uno de sus satélites que hiciera despertar a Floriana, vestirse y venir sin demora. Despertaría no fué necesario, porque no había podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le habían infundido terror. Vistióse obediente y siguió al soldado, encomendándose mil veces al cielo. Froya la cogió de la mano y le previno que callase y pisara quedo; abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupara Recesvinto, mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz, de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja, que daba a la prisión del Príncipe, alumbrada por una lámpara, e hizo señas a Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, prometiéndose ya un fanesto espectáculo.

«Mira sin que te sientan y calla, le dijo Froya: miró y vio a Recesvinto sentado sobre una piedra, con cadena al pie y esposas en las manos. Oprimiósele el corazón a la tierna joven, porque en él subsistía siempre el cariño al que un día contempló como esposo; pero supo contenerse sin dar un grito. Cerró blandamente Froya la ventana y sosteniendo a Floriana, que estuvo a punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevóla a su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia, ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron a la estancia del duque, la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para reponerse un poco le dijo:

«Recesvinto ha caído en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, a pesar de ser el hijo del Rey de España, y yo solamente duque-gobernador de una provincia; voy a explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: voy yo a sucederle. Los grandes del reino descontentos con él, los cuales si no son los más en número, son los más poderosos, se han resuelto a deponerle, como él hizo deponer a su antecesor, el malogrado Tulga; hoy es la reunión de los coligados, que vendrán a acamparse con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan a Segóbriga; allí voy a ser alzado sobre el paves monarca de los visigodos hoy mismo; desde aquí podrás verlo. Flavio, que, aunque tan viejo, es muy temible, morirá si se deja prender; inhabilitarle cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no basta

ría. Recesvinto es también para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

—¡Ah, señor! exclamó Floriana, cayendo de rodillas y juntando las manos. ¡Misericordia con él!

—Levántate, y cesa de pedir en su favor, porque te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle, y voy a decírtelo; pero antes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme a nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé a Recesvinto de haberte olvidado: tal creía entonces; ahora estoy persuadido de que te ama.

—¿Es posible? ¿Es verdad?... ¿Seré tan dichosa?...

—Me apresuro a interrumpirte, porque la dicha que te figuras no es muy envidiable. Prosigo: vuelgo a decirte que Recesvinto debe amarte aún, porque desde la noche que os separó en Toledo su padre, él sin duda (tengo motivos para saberlo) no ha hecho más que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo más que aparecer y retirarse al momento; cuando salimos tú y yo de Toledo, fué detrás de nosotros; esto prueba que se hallaba en la corte o sus cercanías. El mercader árabe que te defendió de mi violencia, era Recesvinto.

—¡Cielos! ¡yo que dudaba... yo que le acusaba de infiel!... Pero, señor, entonces tú debes a Recesvinto la vida.

—No, te la debo a tí; primero a tu cabellera, después a tu intercesión generosa: favor que necesito pagarte. El premio será una corona.

—¡Cielo santo!

—Sí, Floriana, sí; una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confía en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularle nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por desquite aceptaras lo que te ofrezco, hubiera sido ahora una superchería indigna de mí; hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿a qué he de mentir, si no lo necesito? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera mujer haría; casarse conmigo por salvar a su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose, sin embargo, a ser fiel esposa, es acción que de tí sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrar si una española puede abrigar una alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los bravos caudillos del norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio; si no eres mi esposa, el padre y su hijo perecen: el hijo al momento. Contempla tu situación y decide: o vivir esclava de Teodosinda, llorando a tu amante difunto o vivir soberana de los visigodos, unida a un hombre a quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte a un rey y al que pretendía heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.»

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya no le escuchaba Floriana: había comprendido que Recesvinto la amaba leal, y que a ella se le mandaba salvarle; sola esta idea entraba en su entendimiento, ofuscado por la inminente desgracia; lo demás ya no cabía en su juicio, no estaba en disposición de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas del mundo, a merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, a Dios. «¡Padre de los que lloran! exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: ¿es posible que permitís tanta crueldad?

—¿Posible? Dentro de dos horas a lo más, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su Rey.

—¡Su Rey! ¡su Rey! ¿Qué falta te hace la corona? dijo la humilde esclava, levándose por grados hasta tratar con el duque de igual a igual, casi de superior a inferior. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿Mejor que lo sería su hijo?

—¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, o tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle; sucediéndole yo.»

queriendo tú, conservarán ambos la vida. Si el jefe de la conjuración fuese otro, Recesvinto ya no existiría; la loca pasión que me inspiras le vale. Puesto que soy más humano que sería otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio; éste eres tú: sé mía, porque, tan cierto como Dios existe, has de serlo.»

Llaman, rayos brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadía increíble. «¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya (replicó indignada) que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh! pues es menester que sepas que hasta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas; basta con una palabra mía, que será la expresión de mi voluntad, de mi obligación, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, ¡yo juro que no!»

El primer impulso del colérico duque fué acercarse a Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como a sierva; el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto a bajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Floriana, así que se vió sola, corrió a la otra puerta para huir por ella: ¡vano designio! estaba cerrada también.

La estancia en que se veía, tenía una ventana a cada lado: la una daba al campo; la otra, a un patio del castillo: ambas estaban provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó a las dos y probó si podía pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces; no acudió ninguno. Froya había mandado que nadie se acercase a las puertas.

Buscó las armas del duque con intención de quitarse la vida; sólo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera cortada por mano de Teodosinda. «¡Ah! gritó desesperada, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos, que ahora me pueden servir para hacer un lazo que termine mi deplorable existencia!» Arrancó, pues, la trenza, y fué a la reja interior para atarla a un hierro. Lo que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltación frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba a entrar por la puerta que conducía al caballo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante, que hizo al duque volver la cabeza.

Ya no podía hablar Floriana; no pudo hacer más que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El duque comprendió que aquella mano era suya; dió contraorden a Sisberto y subió. Cuando abrió el duque la puerta de la estancia, Floriana se hallaba caída sobre el escalón de la ventana y asida aún a los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida; sin ellas, la congoja la hubiera ahogado.

«Procura sosegar te, le dijo con piedad el duque: vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.»

El nombre de Recesvinto hizo a Floriana volver en todo su acuerdo; cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

«Es que no me contento yo con que vivan; quiero yo además que no se les deshonre. Nadie ha de tocarles a la cabeza, añadió, arrojando sobre un bufete la trenza que aún tenía en la mano.

—Bien, lo concedo: no se les inhabilitará, no se les obligará a tomar un hábito religioso.

—Ni aún con eso me satisfago: no quiero que se les encarcele; sólo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

—Mira, Floriana, repuso blandamente el duque: eso que pides es imposible por ahora; más adelante podrá concedérsete. Si me apodero de Flavio, como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio, después los pondré en libertad. Creo que no pueden imponérseme más condiciones.

—¡Oh! sí, todavía falta lo más importante. Yo he sido amante del Príncipe, y

he debido mirar por el hombre que amé y que amo; pero antes era española o, como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipación de los españoles.»

Froya inclinó meditando la cabeza al oír esta súplica. «¡Pedirme a mí, decía, que iguale a los españoles con los godos, cuando mi odio a Recesvinto ha principiado justamente por eso!

—No quieres a viva fuerza casarte con una mujer de casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

—Jurara yo, prosiguió el duque, jurara que ese taimado viejo, ese infernal Quindasvinto, me hubo de oír con gozo, cuando fui tan ufano a decirle que tu padre había sido esclavo del mío. «Si tan seductora es la hija del fugitivo (diría para sí), vaya a casa de Teodosinda, para que enamore al enemigo de su raza, como ha cautivado a mi hijo: este necio se busca su ruina.» Pero al fin, al fin, continuó, los Reyes que quieran sujetar a los grandes turbulentos; habrán de llamar en su ayuda al pueblo, más pronto o más tarde. Bien, Floriana: cuando me haya asegurado en el trono, igualaré con los visigodos a los españoles. En mí es esta determinación mucho más meritoria que lo sería en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolición de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipación de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es motivo para mí de retroceder; un Rey de los godos debe estar pronto a disputar su vida a cada momento. Esta idea debe ser para tí de consuelo, añadió Froya con inexplicable amargura; los Reyes de España duramos poco.»

No dejó de hacer impresión a Floriana esta última frase; pero la réplica fué aún más amarga. «Las reinas como yo, dijo, deben durar menos.»

Un correo puso término a esta conversación penosa. El duque, en vista de un aviso que se le daba, tenía que salir fuera de la ciudad para verse con los coligados. Llamó a unas esclavas, y les mandó que no perdiesen de vista a Floriana, pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fué con esto. Una de aquellas siervas insistió en particular a Floriana a que tomara su ordinario desayuno: no estaba la infeliz liberta en disposición de atravesar un bocado; negóse a probarlo, y la esclava no se atrevió a redoblar sus importunidades, por no contravenir a la orden que acababa de darles el duque. Por entonces Floriana se salvó del veneno, que para ella había mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

CAPITULO VIII

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron a entrar en ella emisarios de los malcontentos; dieron la seña convenida a los custodios de las puertas y a los capitanes con quienes debían entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitación sorda a esperar la venida del gobernador, que había de ser aquel mismo día saludado el Rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habían de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes; al descubrirlas desde el castillo, habíanse de tocar los clarines de la ciudad, se había de acudir a las armas y aclamar al monarca nuevo, que sería recibido en triunfo cuando volviese al frente del cuerpo más considerable de sublevados. Tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharía el grueso de la hueste a la ciudad real de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defendería, porque sabían de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaría la elección para que fuese válida, y sería el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recién llegados, que conocían a Teodosinda, se presentaron a saludarla; noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarían en descubrirse a lo lejos, subió, acompañada de aquellos jefes, a las almenas del castillo, para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvían todos la cabeza, ya a un lado, ya a los otros dos. Pasaba

tiempo, y no relucía el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella expectación, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del mediodía se vió a un hombre a pie subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos jinetes por el mismo camino.

El hombre que venía a pie era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó a qué había salido, y de dónde venía; respondió satisfactoriamente Sisberto que había salido con un encargo del duque, y venía de desempeñarlo; no podía decir cuál era, por haberle encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la veracidad del verdugo. Además había otra pregunta que hacerle, que era la que más importaba a todos, a saber, si no había visto tropas por aquel lado. Respondió afirmativamente, asegurando que, parada detrás de una pequeña eminencia a corta distancia del camino, estaba descansando una legión entera.

«¡Ya están aquí! ¡ya no hay cuidado! gritaron todos los oyentes a una voz. Habrán recibido de Froya orden de detenerse.

—Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Más acá, en un ribazo, desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver, sentado en una piedra con el mayor sosiego, ocompañado de un escudero, que tenía dos caballos del diestro al mismo Rey en persona.

—¿A quien dices? exclamaron todos atónitos.

—A Flavio Quindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venían del Valle del Paraíso, y se dirigían aquí.

—¿Aquí?

—Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

—Ellos son, sí, ellos deben ser, prorrumpió Teodosinda enajenada. Retírate, Sisberto.» Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inexplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey había pasado algunos días en el Valle del Paraíso; mientras tanto la conjuración había dado pasos de gigante. Flavio no sabía nada y venía incautamente a ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que había prometido Froya a Floriana, y persistían en la determinación que antes se había tomado: la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar, quedó decidida en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano Rey, que lentamente se iba caminando a Segóbriga, como la indefensa res a la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenía un veneno a punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció a Teodosinda quitarle de enmedio aquel embarazo en designándole el sujeto: una muerte más o menos en un día de tumulto era cosa en que no debía repararse. El veneno, pues, quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar a Floriana.

Dejaron los conjurados que el Rey entrara en Segóbriga y se diese a conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle a recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, balbucieron todos sus enemigos, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda, al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo a pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma, antes y después de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venía cansado y necesitaba reposar: propúsosele que tomara algún alimento antes; dijo que se le dispusiera, y lo tomaría después.

«Se dispondrá al momento», le respondió Teodosinda, y dejaron a Flavio en su dormitorio.

Mientras el Rey dormía, el mayordomo o alcaide del alcázar por un lado, y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente a la alcoba, abrieron muy quedito la puerta, y entráronse cerrando por dentro sin que nadie lo perci-

blera; un rato después, cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba había comunicación, que se extendía hasta el piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que había de acortar a Flavio los días de la vida. Un conjurado había de servir la copa, a fin de que solo el Rey tomase la bebida mortífera, dándose a los demás que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenía para odiar al Rey; y aún recordándolos, temblaba con extraño frío al tiempo de hacer la fatal mistura. Pero dominó su temor y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente a una sala, donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba a hablar ni se atrevía a mirarle. Conversó con ella algunos momentos, y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya mediodía: Froya no había vuelto; pero, ya, en fin, comenzaban a asomar por sendas y caminos en los extremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban a los rayos del sol. Entonces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

«Teodosinda, dijo el Rey, yo soy aquí huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa; siéntate conmigo.» Teodosinda se sentó frente al Rey: su pecho latía de una manera desusada; las venas de las sienes parecía que iban a saltársele; el Rey estaba sereno y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio, el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado: el Rey la tomó y se la llevó a los labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el Rey, puso la copa en la mesa, y dijo a Teodosinda: «Manda llamar a tu esclava Fioriana, y mientras viene, te referiré el motivo de haber hecho este viaje.»

Teodosinda hizo una seña a un criado para que cumpliera la orden del Rey. Este hizo otra a todos los circunstantes, y se desviaron a los extremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que sólo Teodosinda pudiera oírle:

«Yo he venido a Segóbriga para reconciliarme con dos personas, contigo y Fioriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas a oír cosas muy raras, y algunas harto poco desagradables.»

«Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habéis conocido antes: inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin rienda; no hay culpa que no haya querido cometer; he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar a la letra en mi epitafio; que tengo ya mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad real, el santísimo Eugenio (1).

Este exordio, cuya última mitad había sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró a todos los que se hallaban presentes.

«Quiero, prosiguió, bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido, males he hecho; pero grandes bienes he hecho también; he sabido lo que han ignorado muchos; he gobernado a España con acierto, con gloria; por las cualidades de Rey pueden perdonarse las faltas de ciudadano. Oyeme, Teodosinda.

«Cuando fui exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo: tu hermano fué el que más trabajó en mi favor entonces; tu hermano solicitó el enlace: nada podía yo negar a tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio; yo me tomé tiempo a fin de preparar a mi hijo: hombre hecho, no se le podía mandar como a un mozalbeté. Yo quería que Recesvinto me sucediese en el mando; yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca. Teodosinda, esposa de Recesvinto en la condición privada, no me daba cuidado: Teodosinda, reina, me daba mucho. En esto mi hijo se había prendado de Fioriana; tu herma-

(1) En efecto, estas y las expresiones con que termina el párrafo, se hallan en el epitafio de Quindasvinto, entre las obras de San Eugenio.

no me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar a mi hijo; él, para olvidar su pasión a una mujer, cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya, y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte: tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serías reina de España.

»Floya y tú habéis conspirado y conspiráis contra mí. No te levantes, mujer: ¿a dónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos; yo soy viejo y estoy cansado de luchar: quiero la paz. Tú sueñas con el poder; tú ansias la grandeza; yo he sido quien ha dado lugar a esos sueños y a esa ansia; justo es que yo ponga el remedio a mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso a ceder al femenino halago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su consorte; tú, por el contrario, necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver a tus antiguas virtudes, y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo te dió palabra de esposo, y por el bien del país no debe cumplirla: ni él quiere ni yo quiero; pero tampoco es justo que un rey y un hijo de rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del estado, sin desagrarar cuanto sea posible a la persona a quien se perjudica. No te casarás con mi hijo; pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido a casarme contigo.

(La sorpresa, la confusión y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazón de Teodosinda.)

»Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te halagan: daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré; antes al contrario, por tu conducto dispensaré cuantas gracias pueda. La práctica del bien, voluntaria o forzosa, te aficionará a él, y te hará contraer la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibas te afirmarán en ella. Después de mi fallecimiento habrás de entrar, según se usa, en un monasterio; de esta manera se evita que vuelvas a pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea, pues, Teodosinda, renuncia a tus ideas de venganza y da la mano a tu marido.

—¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto? se decía a sí propia Teodosinda. Imposible; ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo, no lo seré. Pero ¿es tan dulce vengarse!

»Señor, dijo por fin, sin atreverse a tender al Rey la mano, ¿qué haréis de Floriana?

—No quiero disimular más tiempo contigo, respondió el Rey en voz baja: Floriana será esposa de Recesvinto.

—¡Su esposa! exclamó Teodosinda, levantándose sin poder contenerse; ¡su esposa!»

Al levantarse había alcanzado a ver por el balcón de la sala numerosas huestes, que llenaban los campos inmediatos a la ciudad. Ya se oían claramente los instrumentos bélicos; ya cundían dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos a otros con satisfacción; Teodosinda se repuso, y presando su interior contento, pero haciendo como si contestara a la exclamación de «¡su esposa!» añadió esta sola palabra: «¡Bien!»

En esto entró Floriana en la estancia; la ira de Teodosinda creció al verla.

«Hija mía, le dijo benignamente el Rey, yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes; ha llegado el día en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora a servirme la copa: cógela, Floriana.»

Floriana, aletargada, atelada por la pena, había venido hasta el salón maquinalmente; ni la presencia del Rey allí, ni el tono en que la hablaba, le causaron impresión ninguna; sólo sentía, sólo comprendía, sólo podía pararse su imaginación en el terrible pensamiento de que iba a ser esposa de Froya.

«Hija mía, prosiguió el Rey, háme tú la salva para que beba.» Floriana no le entendió.

«Bebe tú primero, Fioriana; bebe tú primero en la copa que va a servirse tu Rey, repitió Flavio, poniendo a la hija del valle la copa en la mano.»

La celosa Teodosinda, que vió a Fioriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se había dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival; ningún caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigían. El Rey hizo spurar a Fioriana la copa. Cuando Fioriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

«Apártate de ahí, hermana, gritó con voz espantosa, apártate de ahí, que nos han vendido.»

La mayor parte de los conjurados, no poco aturdidos ya desde que vieron que Flavio no había bebido el veneno, echó a correr al oír estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos... inmóviles.

«Flavio, continuó Froya, yo te he querido destronar y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad están en tu favor, aunque han fingido que me serían fieles. Pero aunque tus soldados rodean a Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los míos. Moriré sin duda; pero tú perecerás primero.»

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

«¡A mi lado!» exclamó Quindasvinto.

Los conjurados que se habían quedado, y estaban ganados por el Rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante y en defensa de Flavio, diciendo a voz en grito: «¡Muera el traidor!»

«¿No he de vengarme?» dijo Froya rugiendo.

—Yo he sido más feliz, repuso Teodosinda, señalando a Fioriana, que, perdido el conocimiento, caía en el suelo. Mi rival ha perecido envenenada.

—¡Me has robado mi amor! gritó Froya rechinando los dientes. Yo mataré al que es objeto del tuyo. Sáltese de la sala corriendo.

—Seguidle y prendedle, dijo el Rey a algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya a Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad a esa mujer y llamad a un físico: llamad gente que cuide a esta otra desventurada.

Los que no habían seguido a Froya rodearon a Teodosinda y se retiraron con ella; el Rey quedó algunos momentos solo con Fioriana.

«¡Animo, hija mía, ánimo!» le decía el Rey sosteniéndola. «Van a socorrerte; aún es tiempo; tus enemigos van a ser ejemplarmente castigados.» Estas palabras últimas que entreoyó la inocente víctima, la hicieron esforzarse a articular algunos sonidos, que se negaba ya a formar su lengua paralizada.

«¡Perdón, perdón!» exclamó la misericordiosa joven; y cerrando los ojos, desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaban el físico y las esclavas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el Rey a la puerta; pero la halló cerrada. Al retirarse Froya, seguido por los confidentes del Rey, les ganó la delantera y cerró aquella puerta, que era de solidísimo roble. Por el lado opuesto venía Recesvinto, libre ya, como se dirá más adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, recíproca, les dió a entender que de aquella estancia sólo había de salir vivo el uno. Recesvinto cerró también la puerta por donde había entrado, desnudó la espada y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habían seguido intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

«Mientras buscan instrumentos con que echar abajo las puertas, dijo Froya a Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

—Si perezo yo, contestó el Príncipe, tú puedes librarte. Mira.

Diciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada a una escalera tortuosa. El alcaide o mayordomo del castillo, fiel al Monarca y al Príncipe, les había descubierto el secreto, ignorado de Froya. La escalera comunicaba con el calabozo donde había estado Recesvinto, y desde allí, por un camino subterráneo, guiaba fuera de la ciudad. Por este camino también, pero por otra escalera, había entrado Froya hasta la sala de los banquetes. Co-

mo las tropas que rodeaban a Segóbriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto había sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espías del Rey, mientras éste había fingido reposar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que debía durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba en frente del cuarto donde habían arrestado a Teodosinda, que era donde poco antes había estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda, acudiendo al ruido, se asomó a la reja a ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre a quien había tenido amor. El resultado del combate siempre había de ser funesto para ella. Asaltada su razón con tan repetidos golpes, comenzó a turbársele; agarróse fuertemente a la reja y principió a dar alaridos horribles inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey comenzaron también a golpear las dos puertas de la sala para vencerlas. Con el estrépito de los martillos retumbaba el palacio todo; el batir de las espadas estremecía; los chillidos de Teodosinda hacían temblar.

A los primeros lances hirió Froya a Recesvinto ligeramente; el furor del Príncipe se aumentó con la herida, y el duque fué herido también. Yéndose entonces a Recesvinto como un jabalí al que le disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del Príncipe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del duque. Cada uno cayó por su lado: Froya sin vida, Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el Rey, desatentado, llorandó como un niño, cogió a su hijo en sus brazos, y él solo le condujo a una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir a la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el paraje en que había caído, frente a la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué a recogerle para darle sepultura por mandato de Flavio, otro espectáculo más lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se había suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

CONCLUSION

Unos cuantos días después pasaba por la Hoz una litera enlutada, rodeada de sacerdotes, pajes, esclavos y soldados. Uno de estos había acompañado a Froya cuando llevó a Floriana por aquel camino. El alcaide del castillo de Segóbriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados a vista del agujero donde Floriana tiró la piedra, el soldado (que lo había visto, a pesar de las precauciones de Froya) no pudo menos de decir al alcaide: «La predicción que hay acerca de este nicho, siempre se cumple de un modo o de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese a pasar por aquí, viva o difunta: el agüero queda cumplido.» El alcaide se sonrió; pero corroboró la idea del soldado diciendo: «En efecto, la predicción de la Hoz no quedará desmentida esta vez.»

Algunas semanas más adelante celebraba toda la grandeza visigoda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anoecer había principiado el banquete, y a más de media noche no había concluido: se habían retirado los ancianos; los jóvenes seguían bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los duques Vendérico y Flandila y el conde Evérico, amigos suyos, con quienes había tenido largos coloquios durante el festín.

«Continúa, dijo Vendérico al príncipe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa, la romana, era un ángel de Dios.

—Un ángel, repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos; porque la conversación iba haciéndose general: los que no habían oído el principio, lo preguntaban a los que lo sabían.

«Que hable alto para que todos oigámos.» gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió así:

«Cuando yo dije á mi severísimo padre que Floriana, aunque española de todos cuantos costados, era una mujer de talento y virtudes tan eminentes como la más ilustre dama de nuestra sangre, mi padre me tomó la palabra, y me juró que si me casaba con Floriana rigurosas pruebas, se mostraba tan virtuosa como yo decía, permitiría por solemne decreto mi enlace con ella. En medio de la exaltación en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre, porque conocía muy bien el inmenso valor de mi amada; después temi las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazón demasiado fuerte, vais á moriréis de mí si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que después no pudiese amar al hombre que había sido capaz de consentir en su largo martirio. ¡Os reís como de una cosa inaudita! ¿Os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazón de un hombre? Yo os juró que merecía Floriana que tuviérais yo ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que, mientras las pruebas duraban, me mantendría siempre distante de mi dulce española; á la verdad, si hubiera sido testigo de sus amarguras, á pesar de mi edad y promesas, yo me hubiera hecho traidor repetidas veces. Se me echó de Toledo, Floriana fué reducida á la clase de sierva; se anunció mi boda con Teodósinda; y la virtuosa romana se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su amantísimo á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que me profesaba. Un amigo de Froya, ó más bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fui preso y conducido á Segóbriga, el duque, determinado á matarme, ofreció á Floriana que me dejaría con vida si consentía en ser su esposa...

—¿Su esposa? exclamaron interrumpiendo al Príncipe con asombro todos los convidados.

—Su legítima esposa, contestó Recesvinto. Floriana consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar también que respetaría la vida de mi padre y permitiría que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

—Eso prometió Froya? volvieron á exclamar los amigos de Recesvinto.

—Así lo dijo Froya á nuestro leal amigo Everetto en la mañana de la sublevación. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos; esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conivencia.

—Ya nos has convencido, replicó Frigidila. Mañana, hoy mismo, porque pronto amanecerá, vamos á proclamarte Rey en unión con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposición, tendrás nuestro apoyo.

—A pesar, añadió Vendicico, de lo impolítico que era el casarte con la romana, si viviera, la saludaríamos Reina gustosos.

—Sí, sí, gritaron todos á una voz.

—Decis eso, replicó el Príncipe, porque no existe; si viviera, pensaríais de otro modo.

—No, no, no.

—No os creo.

—Lo juró, lo juramos. Por la fe, por el honor, por nuestro hombre.

—Jurais, repuso el Príncipe, que si viviera Floriana, no llevaríais á mal mi enlace con ella?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala, delante de la cual pendía un gran cortinaje; descorrióle de golpe, y apareció ante aquella juvenil entusiasta la candorosa figura de la hija del valle, que, puesta de pie, ruborosa y confusa, esperaba el fin de la conversación.

«Floriana vive!» exclamó el enamorado Recesvinto; vedla, ved la que me ofrecéis por esposa.

—¡Viva! gritaron todos. ¡viva nuestra Reina!»

(Sisberto había contecconado un narcótico para Floriana, en lugar de un veneno, y había dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Paraíso, disponiendo la manera de frustrar la sublevación tramada por el duque Froya.)

Despertó la vocería de los convidados a todo el palacio de Quindasvinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blanco también, tenía un no se qué de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron a contenerse en los límites de una moderada alegría. Quisieron que la proclamación de Recesvinto se hiciera en aquella hora misma; hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron clarines y se puso en arma a Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo Obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del Príncipe, que se hallaba en la ciudad a la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante desde la iglesia donde estaban juntos orando. Toda la población, que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la víspera del fausto día, corrió, voló, se precipitó a la plaza del pretorio. A un balcón anchuroso y largo, sostenido en el pórtico, salieron Flavio y Recesvinto llevando a Floriana en medio; a sus lados los dos pontífices de Toledo y de Zaragoza; a los lados de éstos y detrás, en cuanto el balcón lo permitía, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica; los demás ocuparon las ventanas próximas.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de su emancipación a la raza española.

«Godos ilustres, dijo el Monarca, yo os he pedido que asociéis a mi hijo al trono, y vosotros me lo concedéis.

—¡Sí! gritaron los próceres, que se hallaban en el balcón o mirador principal; ¡sí! dijeron los que estaban en los miradores contiguos; ¡sí! dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

—¡Viva el Príncipe! ¡viva el Rey! ¡viva Recesvinto!»

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el Obispo Braulio hizo seña de que había más que saber; el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

«Fieles, que me oís, dijo con esforzada voz el Obispo: hasta ahora, por justos juicios del Todopoderoso, ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido; desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber más que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió a todos. El Rey, el Príncipe, la Nobleza y la Iglesia consenten los matrimonios entre godo y romana, y romano y goda. El Príncipe Recesvinto, que había, tiempo há, ofrecido su mano y fe a esta española, que veis a su lado, se desposa hoy solemnemente con ella: la ley lo autoriza, la Iglesia los bendice, y yo me complazco en declarar a Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro país, la corona de su estado y la más virtuosa de las mujeres.»

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo, que el brevisimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena, fué inexplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguía la voz de *¡libertad!* y la de *¡igualdad!* ya los nombres de *Flavio* y de *Recesvinto*; pero más veces y más claro resonaba el nombre de *Floriana*. Aquella esclava, que habían visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo, en el séquito de Teodosinda, aquella segunda Ester, más mortificada que la primera, había conseguido la libertad de su pueblo.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquél día Floriana en un caballo blanco como la nieve a ser por fin desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenían los españoles para besarle los pies, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podían hacer dar un paso a sus alazanes, oprimidos por la muchedumbre,

APÉNDICE DEL ORDENADOR Y EDITOR DE ESTA CRÓNICA

Los votos de *Florianá* fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España y su nombre mismo han permanecido ignorados: si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de San Herenegildo, su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia; los monstruos nacidos para azote de la humanidad immortalizan su memoria.

El nombre de *Florianá*, que lleva la heroína en esta narración, tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano don Julián Antonio Martínez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la Iglesia parroquial de San Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas, que tenía en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: *Traducción de un códice latino que se descubrió y pudo haber a las manos cuando se hicieron las excavaciones en el cerro Cabeza del Griego, donde existió la antigua ciudad de Segóbriga* (1). Al pie de la primera página, que, como era natural, principiaba con el título de la obra y decía: *Historia de la Reina* (aquí un nombre borrado), *escrita por Anacleto, diácono de la Iglesia episcopal segobrigense en la Celtiberia*, se leía la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero: *Es obligación mía divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos después el pueblo de mi naturaleza, Valparaíso de Abajo, poco distante de Cabeza del Griego*. Desde que, por muerte de mi abuelo, vinieron a mi poder algunos escritos de mi tío don Julián Antonio, entre los cuales se hallaba la traducción mencionada, he practicado constantes y muy exquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto; pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia, a cuyo pretexto me he arreglado fielmente en la relación de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de éste, y por lo que conviene a mi propósito, reproduzco aquí la introducción a la letra.

«Bajo el amparo (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Virgen María, yo Anacleto, siervo inútil de la Santa Iglesia episcopal de Segóbriga, me propongo referir compendiosamente las heroicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina... española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las matronas régias de origen godo que la precedieron, sin haber sido jamás igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de la veneración que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros, pero confundidos ya con nosotros) profesamos a la gran princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusto nombre de... aparezca en este breve libro que mi fe le dedica. En cuyo propósito, que cumpliré (Dios mediante) siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo me lo permitiese, comienzo así. En el año 686, etc.»

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece se lo recelaba, bien porque le faltase tiempo o quizá la vida para cumplir su designio, ello es, que el códice original estaba plagado de huecos, dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina siempre que la narración lo exigía, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para último aquella tarea, por ser más delicada; no llegó a principiaria; y la Reina, por consiguiente, se quedó anónima para la posteridad; porque aquella Reciberga, que algunos autores han dado como esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fe a otros, lo fué de su padre.

Oigamos a mi tío las circunstancias con que se verificó el bautismo de la Princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra.

(1) Esto creían muchos. ahora se cree que no fué Segóbriga, sino Ercávica.

«Pareciéndome una profanación (escribe en sus notas) dar un nombre supuesto a un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia. Tomé el *Martirologio Romano*, impreso en Roma en 1585, llamé a la hija de mi hermano, María, niña de pocos años, que aún no sabía leer entonces, y le entregué el libro, mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese: obedeció la niña a su modo, introduciendo el índice de la mano derecha por la página 251, y el índice de la izquierda por la 684. Preguntéle entonces cuál de las dos páginas me designaba; y la criatura, con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Observé entonces con sorpresa que en los dos puntos donde se-
 taba los dedos en ambas páginas, había dos santos de un mismo nombre: san Floriano, mártir a quien se hace mención a 4 de mayo, y san Floriano, mártir también, de quien se lee a 17 de diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó de suerte, que me persuadí con toda certeza de que, por divina permisión, había hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuela o bisabuelo paterno del gran Pelayo; y sin escrúpulo ninguno planté a mi traducción por título, *Historia de la Reina Floriana*. Borré poco después el nombre porque una reflexión me agrió todo el contento que me había producido el hallazgo maravilloso; recordé que tenemos en España la palabra *fulano*, para indicar una persona cuyo nombre se ignora u omite; y discurriendo sobre la etimología de la voz, me ocurrió la sospecha siguiente: Los fruelas, froilas, froilanes y froilanos (que todo es uno) abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauración y siglos inmediatos; quizá (como ahora se llama Pedro Fernández a cualquiera, porque abundan los Pedros) dirían entonces un *Froilano* a todo hombre desconocido; y de aquí, algo más adelante, se formaría el *fulano*. (1) El *Froilano* gótico probablemente sería el *Floriano* latino; y si esto es así, indudablemente está de Dios que no tenga nombre nuestra heroína, pues ni se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana*, en nuestro país, no es nombre, sino sustitución indeterminada por el nombre que se desconoce: de modo que titular este escrito: *Historia de la Reina Floriana*, equivale a escribir: *Historia de la Reina doña Fulana* es decir, una *Reina sin nombre*»

FIN DE LA REINA SIN NOMBRE

B. Dip. Almería

AL-821-HAR-rei



1004625

(1) Nuestros orientalistas quieren que el *fulano*, español venga de la palabra hebrea «feloni», que, en efecto, significa en aquel idioma «un cierto hombre». A mí me parece que «feloni» separarme de la opinión de mi tío. — J. E. H.

LA CASA QUE MÁS BARATO VENDE

MARTINEZ, H. NOS

ALMACEN DE MATERIAL ELECTRICO

MADRID

Teléfono M-5087.

Fuencarral, 12.

¡¡ EUREKA !!



CALZADO WALK-OVER

Nicolás M.º Rívero, 11, Madrid

Cajas de papel

Millares a elegir desde 75 cts.

EL ARCA DE NOE

Corredora Baja, núm. 39

Postales de fantasía

Para Pascuas y Año Nuevo.
La Casa más surtida.

EL ARCA DE NOE

Corredora Baja, núm. 39

Evita el dolor de muelas

ALCOHOLATO

ELIXIR DENTIFRICO

Perfuma el aliento

Alcoholera, Carmen 10

A. MARTIN



Sastre de fantasía

CORREDERA ALTA, 21, dupº

MUEBLES

de lujo y económicos.

Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39). Hay guardamuebles.

MANZANILLA EXTRA

JOSELITO

Vº y NIOS de ANTI P. LOPEZ de Santucar

BISUTERIA, JUGUETERIA Y PERFUMERIA.

F. Martínez Hortaleza, 44 MADRID

PEÑA

Compro y pago más que nadie

ALHAJAS Y PAPELETAS DEL MONTE

S. Bernardo, 52. T.º 518-M

Gran tinte

“VELOX”

RAPIDEZ Y ECONOMIA
MESONERO ROMANOS 4

Fotografía **BIEDMA**

CALLE DE ALCALA, 23
Teléf. M-730.- Hay ascensor.

Cabeza sana.

La desidia es casi siempre la causa de que haya tantas cabezas caídas, o con placas, o con caspa. Usando el agua **La Flor de Oro**, que limpia y tonifica el cabello, curará y evitará sus enfermedades, conservándolo abundante y con su color primitivo.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

ES CÓMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34**, pone los precios por esto el que quiere compra, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo

NINON

comedia lírica

LA PUENTE Y PERKINS

10 cts.

1004625

LA NOVELA TEATRAL

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Para que el lector juzgue la importancia de la novela TEATRAL, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido oficialmente otorgada.

GALDÓS.—49. *Electra*.—53. *Doña Perfecta*.—58. *La loca de la casa*.—62. *Realidad*.—82. *La de San Quintín*.—**Sor Simona*.

BENAVENTE.—9. *Todos somos unos*.—102. *La copa encantada*.—107. *El marido de su viuda*.

QUINTERO.—68. *Doña Clarines*.—71. *El patio*.—75. *La escondida senda*.—88. *El niño prodigio*.—**Pepita Reyes*.

GUIMERA.—113. *María Rosa*.—114. *Tie rra baja*.

LINARES RIVAS.—16. *El Cardenal*.—69. *La Cizaña*.—101. *Bodas de plata*.

MARTINEZ SIERRA.—29. *Primavera en Otoño*.—**El ama de la casa*.

TAMAYO Y BAUS.—136. *Un drama nuevo*.—**La bola de nieve*.—**Lances de honor*.—149. *La locura de amor*.—**Lo positivo*.—**Virginia*.

DICENTA.—6. *El Lobo*.—14. *Sobrevivirse*.—24. *El señor Feudal*.—30. *El crimen de ayer*.—60. *Daniel*.—69. *Amor de artistas*.—77. *Aurora*.—82. *Luciano*.—**Juan José*.

ZORRILLA.—**El Alcalde Ronquillo*.—130. *El Zapatero y el Rey*.—131. *Sancho García*.—148. *El puñal del Godo*.—**La mejor razón la espada*.

VILLAESPEÑA.—10. *El rey Galaor*.—23. *Aben-Humeya*.—37. *Doña María de Padilla*.—65. *La leona de Castilla*.—**El Halconero*.—**El Alcázar de las perlas*.—28. *La Gioconda*.

MARQUINA.—154. *En Flandes se ha puesto el sol*.—**Doña María la Brava*.—**El Retablo de Agrellano*.—**Las hijas del Cid*.—**El Rey Trovador*.

RAMOS CARRIÓN.—84. *El noveno mandamiento*.—86. *La Tempestad*.—95. *La Bruja*.—155. *La muela del juicio*.—104. *El bigote rubio*.—106. *Los sobrinos del Capitán Grant*.—**Mi cara mitad*.—123. *Los señoritos*.—**La criatura*.—90. *La Marselesesa*.

VITAL AZA.—32. *Francfort*.—33. *La República*.—36. *Ciencias exactas*.—39. *La Praviatna*.—45. *Parada y fonda*.—50. *Tiquis miquis*.—63. *La sala de armas*.—157. *Las codornices*.—137. *El*

sueño dorado.—125. *El matrimonio interino*.—**Llovido del cielo*.—**El señor cura*.—138. *El sombrero de copa*.—**Con la música a otra parte*.—**El afinador*.—**Perecito*.

RAMOS CARRIÓN - VITAL AZA.—147. *El señor Gobernador*.—119. *Zaragüeta*.—**Robo en despoblado*.—151. *El padrón municipal*.—110. *El oso muerto*.—132. *La ocasión la pintan calva*.—118. *El rey que rabió*.

ECHEGARAY (Miguel).—44. *La viejecita*.—59. *Gigantes y cabezudos*.—76. *El dúo de la Africana*.—91. *La Rabalera*.—115. *Los demonios en el cuerpo*.—**La Credencial*.—**Los Hugonotes*.—120. *Entre parientes*.—111. *El octavo, no mentir*.

ARNICHES.—2. *La sobrina del cura*.—11. *La casa de Quiros*.—19. *Las estrellas*.—20. *Dolores*.—21. *La señorita de Trevélez*.—43. *La gentuza*.—67. *La noche de Reyes*.

ARNICHES - GARCÍA ALVAREZ.—15. *Alma de Dios*.—17. *El pobre Valbuena*.—70. *El terrible Pérez*.—78. *El fresco de Goya*.—83. *El método Górritz*.—87. *El cuarteto Pons*.—87. *Mi papá*.—124. *El pollo Tejada*.—128. *El perro chico*.—105. *Gente menuda*.—122. *El príncipe Casto*.

GARCÍA ALVAREZ - MUÑOZ SECA.—8. *El verdugo de Sevilla*.—12. *Fúcar XXI*.—34. *La furecra de Lafuente*.—61. *El último Bravo*.—56. *Los cuatro Robinsones*.—64. *Pastor y Borrego*.—73. *Trampa y cartón*.

PASO - ABATI.—13. *El río de oro*.—40. *El gran tacaño*.—116. *La Divina Providencia*.—**El infierno*.—**Los perros de presa*.—**El Paraíso*.—**La mar salada*.—**La bendición de Dios*.—**El asombro de Damasco*.—**El tren rápido*.—**El velón de Lucena*.—**Nieves de la Sierra*.—**La alegría del vivir*.

PENRIN - PALACIOS.—74. *La Corte de Paroán*.—80. *La manta zamorana*.—81. *Pedro Giménez*.—89. *La Generala*.—93. *Pepe Gallardo*.—109. *El Húsar de la Guardia*.—142. *Enseñanza libre*.—**Cinematógrafo Nacional*.—**Carmen Nacional*.—**Cuadros disolventes*.—150. *La tierra del Sol*.—**Las mujeres de Don Juan*.—146. *El País de las Hadas*.

COMEDIAS

1. *Trata de blancas*.—3. *El místico*.—4. *Los semidioses*.—5. *Las cactáceas*.—7. *Charito la Samaritana*.—18. *El hombre que asesinó*.—25. *La eterna víctima*.—26. *Jimmy Samson*.—27. *López de Coria*.—31. *El misterio del cuarto amarillo*.—35. *Primerosa*.—38. *Raffles*.—41. *Mirandolina*.—42. *Genio y figura*.—47. *Petit-Café*.—48. *Los Noveleros*.—54. *La Tizona*.—55. *Miquette y su mamá*.—57. *Los gemelos*.—98. *La cena de las burlas*.—100. *Franz Hallers*.—108. *La tía de Carlos*.—141. *La barba de Carrillo*.—103. *La Tosca*.—112. *Fedora*.—121. *Los gansos del Capitolio*.—129. *El director general*.—145. *El crimen de la calle de Leganitos*.—**La señorita del almacén*.—117. *El oscuro dominio*.—126. *Lo que ha de ser*.—143. *El Revisor*.—153. *La Cielón*.—**La pesca del millón*.—140. *Papá Lebonnard*.—**Jettatore*.—156. *El amor vela*.—139. *Jarabe de pico*.—**El señor Duque*.—**El Gobernador de Urbequieta*.—133. *¡Tocino del cielo!*.—134. *Militares y paisanos*.—135. *Muérete, ¡y verás!*.—144. *Blasco Jimeno*.—152. *Don Francisco de Quevedo*.—**El Ladrón*.

ZARZUELAS

22. *Serafina la Rubiales*.—46. *La alegría de la huerta*.—52. *La marcha de Cádiz*.—61. *El chico del café*.—68. *Los cadetes de la reina*.—72. *La Tempranica*.—85. *La balsa de aceite*.—94. *El padrino de «El Nene»*.—96. *El señor Joaquín*.—79. *El niño judío*.—127. *Tonadillas y tonadilleras españolas*.—158. *Cantables célebres de zarzuelas españolas*.

(*) Las obras señaladas con un asterisco serán en breve publicadas, y las señaladas con dos ya lo han sido, en los números 1, 31, 40, 17 y 7 de LA NOVELA CORTA.